

5

AMOR y CINE



20
cts.

¿Se casa John Gilbert
con una española?

AMOR Y CINE

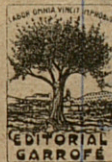
Colección semanal

Núm. 5

¿Se casa John Gilbert con una española?

POR

Ángel Marsá



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Villarroel, 12 y 14


Ventas al contado: Unión, 19

BARCELONA

Esta novela es propiedad de la Editorial Garrofé en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé.—Villarroel, 12 y 14.—Barcelona



PROLOGO

Quien es John Gilbert

John Gilbert es actualmente uno de los actores más populares de la pantalla.

La historia de su vida no puede ser más interesante y emotiva.

El genial mimo nació en Logan (Utah) el 10 de julio de 1895. Cuenta, por lo tanto, treinta y dos años.

Desde la edad de un año trabaja en el teatro. Su carrera teatral, tan pronto iniciada, estuvo pronto llena de triunfos.

De la escena hablada pasó a la escena muda a raíz de casarse con Leatrice Joy, la bellísima estrella.

Su vida aventurera, siendo actor, está

llena de peripecias y episodios emocionantes.

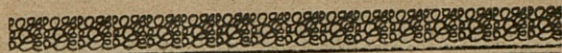
Pero hay un pequeño paréntesis en su época de teatro. Estuvo algún tiempo apartado de las tablas.

Entonces fué cuando ingresó en un Colegio militar. Después fué agente de ventas de la Compañía Goodrich.

Su apartamiento de la farándula no duró mucho. Un buen día se presentó en Hollywood, atraído por el espejuelo de la fama y del dinero del cine...

Allí fué escenarista y ayudante de director... Allí conoció a Leatrice Joy... Con su casamiento se decidió su vocación. Pasó a ser el actor de la pantalla que todos conocemos...

Luego, el divorcio. Y la vida brillante y febril de los estudios, de la gloria, de la admiración universal.



I

El encuentro

Se cruzaron y él la dirigió una mirada distraída. Fué a la entrada del subterráneo.

Los ojos de ella se clavaron en los suyos. Fué una mirada larga, eléctrica, que extranó un poco a John.

Ya en el vagón, él la volvió a mirar. Ahora más reposadamente. Y, con gran sorpresa, notó que la muchacha le seguía mirando fijamente, con idéntico fuego en sus ojos abismáticos.

Era muy joven, casi una niña. Encantadora. Vestía un traje blanco, de falda corta. Era morena, de pelo muy negro, cortado a lo paje.

Los ojos, aquellos ojos ardientes y provocadores, grandes y rasgados, eran negros también.

Su belleza dramática le dijo claramente a John que no era norteamericana.

Pronto abandonó la observación de la bella desconocida y se puso a leer un periódico.

Al llegar a la Quinta Avenida, lugar donde tenía que apearse, dejó el vagón y fué a confundirse con la muchedumbre que subía las escaleras del subterráneo.

Al salir a la superficie, notó complacido que cerca de él iba la desconocida. Le agradó la coincidencia, pero no le concedió mayor importancia.

John siguió andando, ahora distraído en mil preocupaciones. Acababa de llegar a Nueva York, procedente de Hollywood, para ultimar su contrato con la Metro Golwyn.

Al encontrarse frente al edificio Singer, tomó un autobús.

Puso el pie en el estribo, y en seguida advirtió que la joven vestida de blanco subía tras él y se aposentaba en un asiento cercano a la puerta.

A John no dejó de chocarle aquella nueva coincidencia.

—Realmente—pensó—es casual que llevemos el mismo camino.

Entretanto, la desconocida le miraba furtivamente.

El se dirigía al hotel. Iba a cambiarse de ropa para comer con el gerente de la Metro.

Pero al cruzar por la esquina de la calle 43, recordó que allí vivía su íntimo amigo Baxter Kenyon, argumentista que trabajaba para la misma manufactura que él y pensó que podía visitarle.

Sin meditarlo un segundo, descendió del autobús en marcha y rápidamente se encaminó hacia la casa de su amigo.

II

La persecución.

No bien había alcanzado la acera, pudo observar con gran sorpresa que a diez metros venía con paso firme la bella desconocida del traje blanco.

—Se trata de una persecución en regla—pensó.

John empezó a preocuparse por aquella estrecha vigilancia de que le hacía víctima la bella desconocida.

Se acordó de las mujeres detectives y de las mujeres apaches, que roban y asesinan con la mayor sangre fría. Una y otra sospecha le escalofriaron. Si lo primero, ¿qué había hecho él que justificase la suposición de ser espiado? Si lo segundo, ¿cómo salvarse de las deliciosas garras de aquel encantador verdugo, que debía dar la muerte con una sonrisa arrebatadora?

En seguida tuvo otra sospecha, la más verosímil, según él.

—Sin duda me ha confundido con otro.

Y ante esta suposición, quedó repentinamente tranquilo.

Se dirigió a casa de su amigo. Atravesó el portal de la escalera y entró en el ascensor.

—Ahora se aclarará todo—pensó de nuevo, ya tranquilo—. Se dará cuenta de su error y me dejará en paz.

Pero al ir a cerrar la puerta del ascensor, entró rápidamente en la escalera la joven del traje blanco y le hizo señas de que no apretase el botón para subir.

John quedó perplejo. Sin pronunciar palabra, abrió la portezuela y la dejó entrar.

—¡Al piso catorce, señor!—dijo con precipitación.

¡El mismo piso a que se dirigía él!

No quiso esperar más. Lleno de un extraño temor, y al mismo tiempo complacido por la belleza deslumbrante de su seguidora, quedóse mirando fijamente a la joven y dijo, silabeando las palabras:

—¡Me... llamo... John... Gilbert... señorita!

Ella le miró, sonriendo:

—Ya lo sé.

John quedó un poco desconcertado. ¿No habría ido demasiado lejos? Pero aun se atrevió a preguntar

—¿Entonces?...

La desconocida
to de alocada aley

—Entonces... r

Habían llegad

III

Solos

La sorpresa de John creció de punto al ver que la joven sacaba del bolsó un llavín y abría con él la puerta del departamento 27.

¡Aquel departamento era el que ocupaba su amigo, el argumentista!

Su amigo era soltero. Jamás le había conocido, por otra parte, la más ligera «dai-son».

¿Quién era, pues, aquella mujer? ¿Y por qué le había perseguido tan implacablemente?

Además, él no tenía propósitos de visitar a su amigo el argumentista. Fué aquella una idea que se le ocurrió de momento. ¿Cómo tenía ella el llavín y abría con esta serenidad?

No quiso pensar más. Estaba a punto de enloquecer. ¡Bah! El amigo se encargaría de aclarárselo todo.



Los corazones que laten al unísono... Dos labios igualmente entreabiertos, dispuestos a besar...

...! Usado lo pase
priso carcer.

Fué a llamar al departamento 27, pero la joven misteriosa le aguardaba con la puerta entreabierta.

—Pase usted, señor Gilbert.

John, con el sombrero en la mano, no se atrevió a entrar.

—¿Estaré equivocado? — preguntó, para disimular su turbación—. ¿No vive aquí mi amigo el señor Baxter Kennyson?

—Aquí vive, en efecto. ¡Pase usted, aunque ahora no está!...—dijo con un mohín de picardía la encantadora desconocida.

Tomaron asiento en un pequeño recibidor. La joven estaba como en visita. Rápidamente se advertía que aquella no era su casa.

John Gilbert se sentía violento, nervioso. No cesaba de darle vueltas al sombrero entre las manos.

Pero dentro de lo absurdo y extraño de la situación, empezó a tomarle gusto a la aventura. La enigmática joven era encantadora, y sus ojos apasionados y sus labios siempre abiertos en una sonrisa propicia, decían bien claramente que tenía un corazón tierno y una juventud volcánica.

—¿Espera usted a mi amigo?—preguntó John.

—No. Le hago compañía a usted.

John Gilbert sonrió, satisfecho.
—Es para mí un gran placer...

IV

La señorita desconocida

El diálogo languidecía. Dispuesto a animarlo a toda costa, John preguntó a boca de jarro:

—¿Por qué me siguió usted hasta aquí?

La joven no se inmutó.

—Yo no le seguí a usted—dijo sin dejar de sonreír—. Le «conduje» a usted hasta aquí, que no es lo mismo.

John sintió que un violento escalofrío le recorría la columna vertebral.

«¡Le conduje a usted!» En efecto. Aun contra su voluntad, ahora lo advertía él, tomó el camino de la casa de su amigo Baxter...

Tuvo un rasgo de cinismo.

—Así, pues, señorita, ¿me ama usted?

Ella rió, escandalizada:

—¡Qué barbaridad!

John se fué apasionando en aquel diálogo. ¿Qué clase de mujer era aquélla? ¿En qué misteriosa aventura estaba metido?

La muchacha vestida de blanco no cesaba de reír.

—¿No será usted quien me ama a mí?
—dijo entre borbotones de risa.

—Quien sabe... ¡Nuestra vida es tan frenética en Nueva York! ¡Exige esta velocidad en todo!

El diálogo estaba trabado. John fué a sentarse al lado de la bella desconocida, en el mismo diván. La charla, antes embarazosa, incongruente, era ahora confiada, cordial, íntima.

Tal vez aquel misterio se aclarase pronto. Aunque a John no le preocupaba ya el misterio. Al contrario: ¡se encontraba tan bien en él!

V

Una conquista rápida

—Entonces, señorita, ¿usted no es partidaria del amor rápido?

—¡Bah! El amor, planteado de este modo, pierde su principal encanto: el deseo, la espera...

—Depende, señorita, del momento, de las circunstancias. A veces el amor tiene que ser una cosa rápida, inmediata. Una muchacha hermosa es siempre tan ardientemente deseada por el hombre que la admira, que nunca es demasiado rápida la reciprocidad. Por ejemplo...

—¡Cuidado con los ejemplos!

—...por ejemplo, usted y yo, acabamos de conocernos, y en circunstancias bien extrañas por cierto. Pues mire, ya la amo a usted con locura, sin saber siquiera cuál es su nombre, y ya ardo en deseos de ser correspondido plenamente por usted... ¿No le pasa a usted lo mismo?

—A mí no... realmente...

—¡Quién sabe! No me atrevería a jurarlo. Lo cierto es que aquí estamos usted y yo, solos, hablando de amor, sin habernos visto en la vida antes de ahora. ¡Y todo por culpa de usted! ¿Y aun se hace la desentendida?

—Verá...

—Mire, no perdamos tiempo. Nuestra vida frenética así lo exige. Seamos prácticos. ¿No le parece que haríamos mejor haciendo otra cosa que charlar?

—¿Usted cree?

—En efecto. ¿No coincidimos?

—¡Un momento! Yo soy una muchacha honrada.

—¡Honrada, honrada! Esta palabra carece aquí de sentido. En nuestro diálogo no encaja. Lo cierto es que usted y yo estamos solos, por voluntad expresa de usted, y esto algo significa.

—Significa...

—Significa que yo le gusto a usted. Y como usted me gusta también a mí, pues... ya tenemos la solución... Hablar más es una estupidez.

—Pero, si es que yo...

John acercó su boca a la de la misteriosa joven.

—Es que usted... ¿Quiere?

Sonó un beso. Luego otro. Y otro. Después, silencio.

Por fin, ella:

—John, no sea usted imprudente... Podría llegar Baxton...

—Si es sólo por eso... ¿mañana?

—¿Tan pronto?

—¡Cuanto antes mejor! Esperando, perdemos los dos.

—Realmente, con un hombre como usted es una tontería esperar... Por más que... luego... me despreciará usted, me arrojará usted como este clavel que lleva en el ojal cuando se mustie... ¡No, no!

—Estará usted muy poco segura de sí misma si se cree un capricho pasajero... La verdad, se estima usted en muy poco si cree que un hombre pueda conformarse con un solo día...

John abrazó a la bella muchacha del traje blanco. Insistió:

—Lo nuestro ha de ser eterno... ¿Quieres? ¿Mañana?

Ella sonrió. La blancura de sus dientes brillaba tanto como el negror de sus ojos. Luego, confiada, felina, preguntó, con absoluto candor:

—¿Dónde?

VI

Nueva York, en verano

El viajero que visita Nueva York durante el verano tiene ocasión de observar los numerosos medios que hay de comunicación por el agua que rodea a la gran metrópoli.

La doble bahía que baña sus orillas está surcada por numerosos vapores de excursiones, cargados de multitudes que se trasladan a los deliciosos sitios de verano situados en las cercanas costas: Long Branch, Adlantic City, Arburg Park, Cape May, en el litoral de Nueva Jersey, y Coney Island, Rockaway Beach, Long Beach y otros, del lado de State Island.

La mayor de las sorpresas que recibe el viajero en esta urbe sorprendente, es un viaje por el histórico Hudson, con sus pintorescos panoramas, su vegetación exuberante, sus altos acantilados cubiertos de verdor y sus lindos chalets que asoman sus tejados



Así besa John Gilbert

negros por la espesura verde del arbolado...

Siguiendo río arriba, se divisa el hermoso paseo Riverside Park y un gran número de pueblecitos adonde se hacen giras camperes durante la estación calurosa.

Pero de todos estos sitios de veraneo en los alrededores de Nueva York, indudablemente el más interesante, pintoresco y curioso es el llamado Coney Island.

Gran cantidad de espectáculos variados, ingeniosos y raros hacen de aquél un lugar único en su clase.

La parte de Coney Island en que están enclavados los espectáculos y curiosidades es visitado a veces por medio millón de personas en un solo día.

También resultan muy atrayentes los trozos de playa de Manhattan y Brighton, donde se levantan suntuosas y vastas edificaciones en las que funcionan clubs, restorons, bares, «dancings», etc. Es éste el más irresistible atractivo de Coney Island, especialmente si se va con una mujer hermosa.

* * *

John Gilbert tenía que haber salido aquel mismo día de Nueva York para Hollywood.

Se interpuso la aventura. Y en brazos de ella, acabó en Coney Island. El verano, en

el centro de Nueva York es realmente muy caluroso.

¿Quién era ella? ¿Y le preocupaba acaso? Lo importante era que resultaba encantadora.

Y del misterio sólo pudo desentrañar una verdad. Una verdad optimista, llena de promesas apasionadas.

Aquella bellísima mujer, que de manera tan extraordinaria se había cruzado en su camino, era española.

VII

Unos papeles comprometedores

John Gilbert y Carmen Mieres—que así se llama la misteriosa españolita—siguieron viviendo unos días de alocada alegría.

Pero el encanto de la aventura no quedaba roto. John seguía ignorándolo todo. Sólo sabía que Carmen se dejaba besar, aunque hiciese respetarse con una sola mirada cuan-

do el hombre intentaba lograr plenamente su conquista.

Fueron inútiles todas las palabras de John pidiendo que le aclarase el misterio de que estaba rodeado su primer encuentro.

¿Por qué aquella persecución? ¿Por qué la estancia en casa de Baxton? ¿Qué tenía ella que ver con el argumentista?

Estas preguntas quedaban incontestadas. El mutismo de Carmen era absoluto.

Sólo le decía:

—No te preocupes. A su debido tiempo lo sabrás todo.

John llegó a inquietarse por el sesgo que iba tomando su extraña aventura. Además, él no quería confesárselo, pero... estaba enamorado de Carmen.

Hacía un mes que se encontraba en Nueva York y no pensaba todavía en volver a Hollywood.

Otra cosa extraordinaria preocupaba hondamente a John. De su amigo Baxton Kenyonson no tenía la menor noticia. Cuantas gestiones había hecho para dar con su paradero, resultaron infructuosas.

Entretanto, John y Carmen seguían viviendo unas horas de inolvidable felicidad. Todos los rincones amables de Nueva York fueron escenario de la pasión desbordante de los dos jóvenes.

Hasta que un día...

Un día John sorprendió a Carmen escondiéndose precipitadamente en el bolso unos papeles.

John tuvo la certeza de que aquellos papeles—¿cartas comprometedoras tal vez?—le darían la clave del misterio que tanto le preocupaba.

Y decidió, aun repugnándole el procedimiento, apoderarse de ellos sin que Carmen se diese cuenta.

En efecto. Una hora después, los enigmáticos papeles estaban en su poder.

VIII

Crece el misterio

Se trataba de unas cuartillas escritas a máquina, llenas de cruces hechas con lápiz rojo.

No había un solo trozo escrito a mano. Llevaban una numeración alta, y se veía que

faltaban muchas cuartillas; el misterioso escrito estaba truncado por el principio y por el fin.

Decía así:

«—¡No te empeñes en eso, Carmen! ¿Cómo después de diez años de recibir mis lecciones te has dejado seducir por las palabras apasionadas del primer desahogado que se cruzó en tu camino?

—John es un caballero, querida tía.

—Sí, sí; un conquistador de película y nada más. ¡Me río yo de tu artista! Mira, sobrina. Cuando murieron tus padres y viniste a vivir conmigo, juré que velaría siempre por tu felicidad. Así, pues, no te extrañe si me opongo a que tu belleza y tu dinero caigan en poder de un cualquiera por el solo hecho de tener buen tipo. Eres muy rica, Carmen, y este John no debe ser más que un vulgar cazador de dotes. Ya le recuerdo, ya. Presume de guapo, de romántico y de sentimental, pero tiene todo el tipo de un aventurero. ¿Qué noticias tienes de su vida? Además, ¿sabes si su nombre de John Gilbert es el verdadero?

—¿Por qué no ha de serlo, tía?

—Pues yo estoy segura de que no lo es. ¡Cuidado con tu galán! Nuestro destino, pobres mujeres sensibles y crédulas, es ser

juguete de la ambición, del egoísmo, de la brutalidad, de la falsía de los hombres.

—Pero, tía...

—Desgraciadamente sé lo que valen los juramentos de amor... Atiende... Tal vez mi caso pueda servirte de ejemplo... Tenía veintitrés años. Era huérfana, como tú. Era rica y podía disponer libremente de mi dinero. Encontré un hombre guapo. Me declaró su pasión... Accedí... Como tú, yo entonces era sencilla y confiada. Creí en sus juramentos y vivimos unos meses de idilio constante. Aquel hombre lo era todo para mí... A pretexto de una hipoteca logró que yo le ofreciese una fuerte cantidad para librar la finca. ¡Qué alegría cuando pude ofrecerle aquel dinero, que él aceptó sin discusión! Al día siguiente había desaparecido. Entonces supe que se trataba de un célebre estafador, que se había presentado a mí con nombre supuesto... Estuve a punto de morir de dolor y de vergüenza. Mi corazón acababa de morir para siempre. Después, la ternura maternal que en ti he puesto, Carmen, me ha consolado un poco. Pero no he conseguido olvidar...

Por las mejillas de la anciana corrían abundantes lágrimas. Carmen lloraba también.

—Entonces, ¿qué debo hacer?—suspiró la joven.

—¡Rechaza a este John!

—Pero tía, si parece tan bueno, tan noble...

—¡Infeliz! Desconoces la perversidad de los hombres... Mira. Mañana iré a ver a nuestro abogado, el señor Thomson; que él adquiera informes de este astro de Hollywood...

Al día siguiente el abogado señor Thomson llegaba al domicilio de Carmen.

—Hable usted delante de ella. Diga lo que sea—pidió la tía.

—John Gilbert — dijo el abogado—des-
ciende de una noble familia. Es hombre cul-
to, honrado y bueno. Su fortuna se calcula
en unos dos millones de dólares, y puede aún
ganar otros tantos. Su vida privada es de
una intachable moralidad...

—¡Es rico! ¡Más rico que Carmen!
—murmuró la tía.

—En efecto, señora. Y sus informes, co-
mo ve, no pueden ser más satisfactorios...

—Bien—dijo la anciana—, no pensaba yo
eso. ¡Un artista de cine!

Y bruscamente abandonó el salón, dando
un portazo.»

... ..

IX

Se aclara el misterio

Al acabar de leer aquel extraño relato, John quedó más sorprendido y más desconcertado que antes.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Quién era aquella tía, y porqué dudaba así de él? Además, ¿no había sido Carmen quien primero se había puesto en su camino?

Empezó a dudar de su razón. ¿Es que habría enloquecido de repente y nada de aquello sería real, sino una larga y trágica pesadilla?

Carmen le sacó de aquel torbellino de negras ideas con su presencia.

—¡Me has quitado unos papeles del bol-

so?—le pidió a boca de jarro, con gesto iracundo.

John se puso furioso.

—Sí. Aquí están. ¿Querrás ahora explicarme qué significa todo eso?

Carmen se echó a reír.

—¡Ea! Basta ya de misterios. Esto que has leído, junto con cuanto hemos vivido antes, desde que yo te seguí aquel famoso día, forma parte de un argumento de película que yo ofrecí a tu amigo Baxter. Me

lo rechazó, porque dijo que no era verosímil y, además, poco interesante. Entonces, yo le propuse a él dártelo a conocer a ti en tu viaje a Nueva York. Pero quería que lo conocieses de manera original. Si te gustaba, te lo llevarías para filmarlo tú en la Metro... Entonces convinimos que yo pondría el argumento en acción contigo... De modo que... tú tienes la palabra. ¿Te gusta mi argumento? ¿Es verosímil? ¿Tiene interés?

John quedó perplejo. Realmente el truco era original. No pudo reprimir una exclamación de entusiasmo.

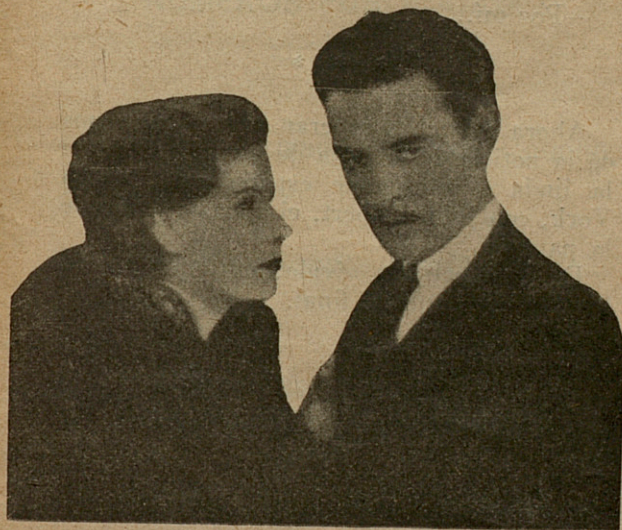
—¡Es el mejor que conozco!—dijo, abrazando a Carmen.

—¿Lo filmarás?

—En cuanto llegue a Hollywood. Pero, se

me ocurre una cosa: ¿cómo acaba tu argumento?

Carmen rió, complacida.



John Gilbert, meditando, piensa que acaso ama demasiado...

—¿Cómo tiene que acabar? Como todos. Casándose los dos protagonistas...

John Gilbert se puso repentinamente triste.

30

—Eso en la pantalla—dijo—. Y en la vida, ¿puede también acabar de esta manera?

Carmen enrojeció levemente:

—Por mí...

* * *

Ahora sólo cabe esperar que el cable nos dé la noticia de la boda de Carmen Mieres, la linda e inteligente española de Nueva York, con John Gilbert, el apuesto galán de la pantalla.

De esta película vivida, muy pronto sabremos el venturoso final.

FIN

NUMEROS PUBLICADOS

- 1 — El más extraño amor de Rodolfo Valentino.
- 2 — Los dos grandes amores de Pola Negri.
- 3 — El último divorcio de Charlot. —
(Revelaciones sensacionales).
- 4 — El dulce encanto del amor de Colleen Moore.

En el próximo número publica-
remos:

**El hombre que se suicidó
por Dorothy Dalton**

Muy en breve publicaremos un número
extraordinario, dedicado a la gentilísima es-
trella de la pantalla:

LILY DAMITA

donde la genial intérprete de *La poupée de
París* cuenta a nuestro colaborador

Angel Marsá,

entre otras muchas confidencias amorosas:

Su última aventura de amor en Barcelona

Apresúrese a adquirir este volumen cuando
aparezca

Señora... Señorita...

A usted le interesa conocer una gran revista ilustrada de modas y del hogar. _____

Compre :

Vida femenina

==== **La moda en casa** ====

La publicación más útil y económica
El verdadero consultor de la mujer elegante
La recopilación más completa de figurines
y creaciones de la Moda

Láminas a todo color - Consultorios
Recetas - Acción femenina - Patrones
Bordados - Literatura

30 céntimos

PARA PEDIDOS A

EDITORIAL GARROFÉ

Apartado de Correos núm. 356
B A R C E L O N A

Representante exclusivo en América
SEBASTIÁN DESPONS — BUENOS AIRES

Imp. Garrofé.—Villarroel, 12 y 14, y Unión, 19